



Cuestión de
Confianza
JEFF ERNO

LA VERDADERA HISTORIA
PROYECTO SEXO SEGURO

Cuestión de confianza

Jeff Erno

Título original: *Matter of Trust*

© Jeff Erno

Traducción y formatos: Traductores Anónimos

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro o e-book puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información sin el permiso por escrito de la editorial.

Smashwords Edition

ISBN: 9781311742445

<http://www.jefferno.com>

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas vivas o muertas es pura coincidencia.

Cuestión de confianza

Por Jeff Erno

Estaba enamorado de mi profesor de Salud de octavo curso. Aunque ni siquiera habría ido a esa clase, si no hubiera sido obligatoria. Durante la mayor parte del segundo semestre tuvimos educación sexual y, creedme, fue embarazoso. Mientras el señor Myers hablaba de penes y masturbación y explicaba palabras como erección, eyaculación y pubertad, yo sentía que estaba hablando específicamente de mí, Travis.

No me entendáis mal, no soy un adicto al sexo ni nada. Solo que... bueno, me masturbo. ¿No lo hacen todos los chicos?

Cuando empezaron las clases del señor Myers y nos dijo que íbamos a tener educación sexual el siguiente semestre, empecé a pensar en él, casi todo el tiempo. No creo que quisiera tener sexo con él, ni siquiera era una de mis fantasías. Pero cuando pensaba en él y lo visualizaba en mi mente, me excitaba mucho. Me ponía muy, muy duro y a veces hasta me masturbaba. Cuando lo hacía, cerraba los ojos y pensaba en cómo se vería el señor Myers desnudo. Me preguntaba si sus partes serían como las mías. Me preguntaba si él también se masturbaba.

Todo el primer semestre mientras discutíamos el sistema respiratorio, memorizábamos los huesos del cuerpo humano y hablábamos de lo dañino que era fumar para la salud de una persona, yo secretamente albergaba sentimientos apasionados hacia el señor Myers. Me encantaba su sonrisa y sus hoyuelos. Y tenía una voz de lo más sexy. Mi corazón latía más rápido cada vez que miraba su cuerpo delgado y sus hombros anchos, y cuando se daba la vuelta para escribir en la pizarra, tenía que morderme el labio. Ese culo era tan, tan sexy.

¿Sexy? ¿Cómo podía pensar que mi *profesor* era sexy? ¿Era solo porque nos estaba dando clase sobre sexo? ¿O era algo más? ¿Era posible quizás que el señor Myers pudiera tener también sentimientos por mí? Quiero decir, era muy agradable conmigo. Me sonreía y algunas veces hasta me guiñaba un ojo, y a veces incluso parecía que pasaba a verme más a mí que a otros estudiantes. En mi tarea, siempre me escribía notas personales, que siempre me hacían sonreír. Eran como nuestras conversaciones privadas.

Sé lo loco que suena. Un chico de octavo curso no debería estar enamorado de un profesor, especialmente de un profesor *de sexo masculino*. Nunca debí haber tenido esos pensamientos acerca de su cuerpo desnudo. Él era mucho más mayor que yo, y no solo eso, probablemente ni siquiera era gay. Me mataría si alguna vez se enterara de mis verdaderos sentimientos.

En cuanto a mí, todavía no había tomado una decisión sobre lo que quería ser —gay, hetero, bi o lo que sea—. Éramos solo mamá y yo, y ella siempre había actuado como si ese tipo de cosas no importaran. De hecho, si me hubiera acercado a ella y le hubiera confesado que era gay, probablemente se habría alegrado. Parecía tener más amigos gays que heteros, incluso su mejor amigo, Caiden, lo era. También leía libros gays. Romances. Quizá fuera un poco raro, pero no era como si ella me hubiera empujado en una dirección u otra.

Cuando estaba en cuarto, un chico nuevo, David, empezó en nuestro colegio. David no solo estaba en mi clase, sino que también vivía a dos calles de casa, así que nos hicimos amigos. Su padre tenía motos de nieve, y durante el invierno yo iba a su casa y montábamos juntos. Otras veces David venía y pasaba la noche en mi casa. Jugábamos a los videojuegos y hacíamos muchas cosas al aire libre. A él lo que más le gustaba eran los juegos tipo pelea. Le gustaban los deportes y las actividades competitivas, y aunque a mí no me gustaban ese tipo de cosas, sí me gustaba David.

Dormíamos juntos en el suelo en sacos de dormir porque mi cama era muy pequeña, y hubiera sido grosero de mi parte hacerle dormir solo en el suelo. Al parecer él pensaba igual. Y cuando me despertaba a primera hora de la mañana cuando todavía estaba oscuro, me acurrucaba cerca de él. Él no se apartaba, y cuando abríamos los ojos por la mañana, estábamos prácticamente uno encima del otro, abrazados. No tenía importancia; nunca hablábamos de ello.

Sin embargo mi amistad con David no duró mucho. Fuimos los mejores amigos todo ese año y parte del verano siguiente. Pero una vez que llegamos a la secundaria¹, David empezó a juntarse con chicos a los que les gustaban los deportes. Nos movíamos en diferentes círculos sociales, y era incómodo. No sé, era como si los dos reconociéramos que habíamos sido amigos de la infancia, pero hubiéramos empezado a crecer, y los dos sentíamos que pretender que todavía teníamos esa amistad infantil era... bueno, infantil.

¹ Middle school: colegio de enseñanza media para chicos de 9 a 13 años específicamente.

Pero en términos físicos, David no podía describirse precisamente como infantil. Se había desarrollado rápidamente, la parte superior de su cuerpo tonificándose con pectorales definidos y notables bíceps. Tenía el clásico torso en forma de “v”, con una estrecha y apretada cintura y magros abdominales. Yo, por otra parte, era delgado y del montón. No era de ninguna manera gordo, pero tampoco era musculoso. Al llegar a octavo, David era casi treinta centímetros más alto que yo, y ya había empezado a salir con chicas.

Esa relación en particular desató sentimientos y preguntas dentro de mí —preguntas sobre quién era yo y por qué pensaba en esas cosas—. Así, un día de agosto de ese año, justo antes de que la escuela empezara, mi amiga Traci me llamó para invitarme a la playa con ella y su madre. Me recogieron y me metí en el asiento trasero. Para mi sorpresa, David estaba sentado a mi lado. Él vivía cerca de Traci, y ellas le habían ofrecido llevarle. David tenía puesta una apretada camiseta, probablemente una o dos tallas menos que la suya, y pantalones de baloncesto. Miré hacia abajo, a sus largas piernas, separadas para poder caber cómodamente en el estrecho asiento trasero. En ese momento supe que David ya no era un niño. Su cuerpo había cambiado; sus piernas eran musculosas y estaban cubiertas por una fina capa de pelo. Mi corazón latía tan fuerte en mi pecho que pensé que iba a hiperventilar. No hablamos más que para decirnos hola. Y cuando llegamos a la playa, David se largó con sus amigos. Supe que desde ese momento nuestra amistad había acabado.

Ese incómodo e inseguro sentimiento que experimenté de camino hacia la playa con David, se volvió familiar para mí. Empecé a sentirme así con un montón de chicos. Sentía una extraña mezcla de vergüenza y envidia, y me preguntaba por qué algunos chicos eran tan afortunados que desarrollaban de forma natural atractivos cuerpos tonificados mientras otros como yo permanecíamos corrientes y molientes. Intenté mantenerme activo, hacer ejercicio y no comer mucha comida basura. Aunque técnicamente me mantuve “en forma”, nunca me volví atractivo. No como David. No como los otros deportistas del colegio. Y no como el señor Myers.

Para enero de mi octavo curso, ya había más o menos averiguado quién era yo. Todavía no hablaba de ello, ni siquiera con mi madre o mi amiga Traci. Pero finalmente llegué al punto donde podía mirar hacia atrás a mi infancia y reunir las piezas. Ciertamente David había sido mi mayor enamoramiento, pero antes de él me había gustado Todd. Y antes de eso, realmente fui muy cercano a Steve. Siempre había habido un amigo especial al que me había sentido cercano. Aparte de un chico, el resto de mis amigos eran chicas.

En primaria jugaba con chicas en el recreo. Saltaba a la comba y jugaba a las casitas. Luego me hacía amigo de un niño en especial, y me juntaba con él exclusivamente, pero mi colchón de seguridad seguía siendo el grupo de chicas. Mientras me hacía mayor, tenía muchas más amigas que amigos. Y las chicas parecían estar siempre hablando de una cosa —los chicos—.

Recordaba las muñecas y las cocinitas de juguete y cómo mi amiga Traci y yo solíamos jugar a disfrazarnos en el armario de mi madre con sus ropas viejas. Traci me incluía en sus fiestas de té, y hacíamos manualidades juntos. Incluso aprendí un poco de punto y ganchillo.

Así que, cuando reuní todas las evidencias, aunque fueran circunstanciales, concluí que había grandes probabilidades de que fuera gay. Las amigas de sexo femenino, los enamoramientos con chicos. Los sueños húmedos con el señor Myers. Y, por supuesto, las masculinas y velludas piernas de David en el asiento trasero del Subaru de Traci.

El semestre empezó justo el día después de las vacaciones de invierno. Todo el mundo alardeaba de las cosas que habían recibido en Navidad. Muchos tenían zapatos o ropa nueva. Había millones de nuevos teléfonos móviles que no se podían usar en clase, y nadie parecía preocupado por los nuevos horarios de clase.

Yo debía ser el único alumno preocupado por Educación Sexual. Para todos los demás parecía una broma, y por los comentarios de mis compañeros, estaba claro que pensaban que era una clase estúpida e innecesaria. Todos parecían saber todo lo que había que saber. En el vestuario de gimnasia los chicos ya hablaban de sexo oral y de follar chicas. Se llamaban constantemente maricas, como si fuera el mayor insulto del mundo.

Pero ese día, cuando el señor Myers pidió orden en la clase, ignoró y descartó las risitas que venían de la parte de atrás del aula. Actuó de una manera profesional y directa, y nos hizo saber a todos que los temas que íbamos a discutir eran serios.

Y después me habló a mí.

—Travis, ¿podrías pasar estos folletos?

Por supuesto, nadie notó que me había señalado a mí —me había elegido para ser su ayudante— cuando podría haber elegido a cualquiera de los otros veinticuatro estudiantes. Yo lo noté, sin embargo, y también noté la sonrisa cálida en su cara cuando me dio el montón de folletos.

Respiré profundamente para calmarme y racionalizar la situación, Él me había elegido, razoné, no porque le gustara particularmente, sino porque estaba sentado en la primera fila.

Es un poco raro, porque generalmente no soy del tipo de estudiante que se sienta en primera fila. En todas mis otras clases hacía un gran esfuerzo por *no* sentarme delante. Ahora sentarse atrás del todo era casi peor que sentarse delante porque todos los profesores parecían asumir que los gamberros y alborotadores elegían los asientos del fondo. Así que, generalmente intentaba sentarme por el medio y simplemente pasar desapercibido. En clase de Salud, sin embargo, me sentaba delante y en el medio, a pocos centímetros del escritorio del señor Myers.

Terminé de pasar los folletos de educación sexual y sobraban tres o cuatro copias. Cogí una para mí y le pasé el resto al señor Myers, que estaba ahora de pie frente a la clase, a pocos centímetros de mi asiento. Mientras me sentaba empecé a mirar hacia arriba, pero mi mirada se detuvo momentáneamente debajo de la cintura del profesor. Él tenía una mano en el bolsillo, y el tejido de sus pantalones caqui se estrechaba sobre sus... um, bueno... sus partes privadas.

Miré fijamente durante unos segundos y después me di cuenta de lo absurdo que estaba siendo. Mi pulso se aceleró solo un poco, pero hice todo lo posible para ocultar mi reacción, y desvié mi mirada para observar el resto de su cuerpo. Mientras miraba hacia arriba capté algo por el rabillo del ojo y giré rápidamente hacia la izquierda. Otro estudiante, Jeremy Loper, que se sentaba en la otra fila, un asiento atrás, me estaba mirando fijamente. Debía haberme visto mirando al señor Myers. Jeremy me sonrió y me guiñó un ojo.

Oh. Dios. Mío. ¡Estaba tan mortificado! Sentí el calor encender mis mejillas y miré hacia mi escritorio mientras me removía en mi asiento, avergonzado. El señor Myers siguió dando la clase, diciendo lo normal que era experimentar cambios. Habló sobre las chicas cuando tenían la regla y los chicos teniendo erecciones. Habló de tetas y vello púbico y dijo que todas esas cosas eran normales.

Yo no me podía concentrar en nada específico de lo que estaba diciendo porque temía que Jeremy me estuviera observando. Ya ni siquiera miraba al señor Myers porque Jeremy podría notarlo. Accidentalmente mi mirada podía durar demasiado.

Esos cincuenta minutos me parecieron los más largos de mi vida. Y cuando la campana sonó recogí mis cosas rápidamente y me dirigí a la puerta. Corrí por el pasillo, sin mirar atrás y me fui directamente a la cafetería.

* * * * *

Me paré delante del espejo de cuerpo entero de mi cuarto, preparándome mentalmente para el primer día de segundo curso de secundaria. Yo había experimentado muchos cambios en los dos años anteriores, pero desafortunadamente, mi apariencia no había variado mucho. Seguí siendo del montón, un poco más alto y delgado. Por suerte, de alguna manera había evitado la plaga de acné juvenil con la que mis amigos parecían estar luchando constantemente. Odiaba mi grueso pelo negro, y lo mantenía corto con una cresta hacia arriba.

Deseaba haber nacido rubio como Jeremy. Me encantaban sus mechones ondulados de pelo rubio y sus ojos azules brillantes y penetrantes. Durante ese semestre en octavo curso nunca coincidimos, y por lo tanto nunca me dijo ni una palabra de cuando me vio mirando el bulto del señor Myers. Pero mientras las semanas pasaban, le noté mirándome fijamente. Una vez fue cuando el señor Myers se agachó a recoger un borrador.

En noveno curso, Jeremy y yo teníamos gimnasia juntos. No a propósito, simplemente terminamos en la misma clase. Como nos conocíamos de cuando íbamos a primaria, y como ninguno de los dos era deportista, de alguna manera gravitamos el uno hacia el otro. Durante las horas libres, nos encontrábamos y tirábamos un balón de baloncesto de un lado a otro.

Yo seguía esperando que dijera algo de la clase de educación sexual, pero nunca lo hizo. Yo ya no estaba enamorado del señor Myers e incluso me sentía un poco avergonzado de aquello, pero había tardado mucho en admitir quién era yo. Durante ese verano se lo conté a mi madre y, como esperaba, ella me dio todo su apoyo. Después se lo dije a Traci, y todo lo que me dijo fue "Pásame el ketchup." Supongo que ya se había dado cuenta.

Contárselo a mi madre y a mi mejor amiga era una cosa, pero decirlo en la escuela era otra. En noveno no estaba listo para contarle a nadie que era gay. No quería ser el chico del póster de los derechos gay del colegio, y definitivamente no era lo suficientemente valiente para arriesgarme a un potencial acoso y el ridículo que podría hacer por ser tan abierto.

Así que pasé todo el año sin decírselo a Jeremy. No importaba mucho porque ni siquiera éramos amigos. Solo compartíamos nuestro odio por la gimnasia y nos dábamos mutuo apoyo moral. Haciendo equipo nos ayudábamos y no nos regañaban por no participar.

Pero había tomado una decisión ese verano. Tenía que enfrentarme a la realidad y correr el riesgo. Tenía que hablar con Jeremy y contarle sobre mí. Quizás mi intuición acerca de él fuera correcta. Quizás él también fuera gay... o por lo menos bi. Quizás... o quizás no.

Por qué me permitía a mí mismo ponerme tan nervioso, no lo sé. Todavía no había empezado el año escolar, y por lo que sabía, Jeremy quizás ni estuviera allí. Incluso si estuviese, no había manera de saber si iba a estar interesado en continuar nuestra amistad. Caray, apenas éramos amigos. Ni siquiera tenía su número en mi móvil. Ni éramos amigos en Facebook.

Pero sí sabía algunas cosas sobre Jeremy, por nuestras conversaciones en gimnasia. Estaba en una banda y tocaba el piano. Iba a un campamento musical cada verano y tenía dos hermanas mayores. Teníamos en común el gusto por ciertos estilos musicales, pero a él no le interesaba tanto el rap como a mí y los dos jugábamos a algunos de los mismos videojuegos.

Eso era suficiente, ¿verdad? Teníamos algunas cosas en común, y parecíamos llevarnos bien. ¿Por qué no podía un chico como él ser mi amigo? Recuerdos de la primaria llenaron mi cabeza. Yo no quería que pasara lo mismo que con David. No quería que mis sentimientos por Jeremy se convirtieran en otro tonto enamoramiento y me obsesionara con él y deseara algo más que una amistad. No quería que ese patrón continuara.

Sin embargo, ¿no lo estaba haciendo ya? Me miraba en el espejo, me evaluaba a mí mismo y soñaba despierto con Jeremy, él ya me obsesionaba. Pensaba en su sonrisa y en cómo brillaban sus ojos. Tenía una voz suave, que sonaba por lo menos una octava más grave que la mía. Cuando reía, inclinaba la cabeza ligeramente hacia un lado, y yo no podía evitar reírme con él, aunque no creyera que el asunto fuera tan gracioso.

Durante el verano pensé mucho en él. Pensé en preguntarle por qué me guiñó el ojo ese día cuando me vio mirando el paquete del señor Myers. Pensé en contarle que también había notado que él me miraba. Pero ¿y si estaba equivocado? ¿Si su sonrisa y su guiño no tenían nada que ver con el señor Myers? ¿Si tenía algo en el ojo o si yo me lo estaba imaginando todo?

Me puse mi mejor camiseta nueva, unos vaqueros apretados y mis tenis favoritos — mis Vans blancas y rojas—. Mamá me había comprado un frasco de colonia Guilty como regalo de Navidad el año anterior y apenas había tenido oportunidad de usarlo. Me puse un poco, después comprobé mi pelo por enésima vez.

Recogí mi mochila y corrí escaleras abajo, decidido a no perder ni un segundo más preocupándome, pero para cuando llegué al borde de la acera, ya había empezado a pensar en él otra vez. Era un caso perdido.

* * * * *

Había creído que el ambiente en el autobús era caótico hasta que llegué al instituto. El pasillo estaba lleno de actividad mientras los estudiantes se escurrían hacia las aulas, parando numerosas veces para abrazarse, chocar los cinco, o simplemente decir “¿qué hay?” a los amigos que no habían visto en un par de meses. Yo ya le había mandado un mensaje a Traci y sabíamos que íbamos a estar en la misma aula, así que zigzagueé a través de la multitud hasta que localicé la clase correcta.

Una vez dentro, descubrí a Traci ya en su asiento, así que me deslicé en el lugar delante de ella que me había guardado. Me di la vuelta para mirarla.

—Hey, qué zoológico hay ahí afuera —dije.

—Dímelo a mí. —Traci me miró y sonrió con su cara de querubín. Habíamos sido amigos toda la vida, y me conocía mejor que nadie. Pero no sabía todo. No sabía de mis sentimientos hacia Jeremy.

—Déjame ver tu horario.

Metí la mano en mi mochila y saqué mi programa de clases y se lo pasé. Lo puso en el escritorio al lado del suyo, comparando nuestros horarios.

—Tenemos juntos tres clases —dijo emocionada.

Sí, lo habíamos planeado de esa manera el año pasado al final del semestre cuando elegimos nuestras clases. Por supuesto que no se acordaba. A veces era tan cabeza loca.

—No me digas —dije sarcásticamente. Miré hacia arriba por encima de la cabeza de Traci, y me quedé helado. Mi pulso se aceleró y se me secó la boca cuando vi quién entraba por la puerta.

Jeremy.

Y estaba más guapo que nunca. Aunque yo no había cambiado mucho durante el verano, él ciertamente lo había hecho. Su precioso pelo rubio estaba cortado y peinado de otra manera, y juro que era por lo menos ocho o diez centímetros más alto de lo que recordaba. Aunque técnicamente era un friki de las bandas de música, no encajaba en el estereotipo. Con sus vaqueros ajustados pegados a la piel y su polo ceñido, se veía bien. Muy bien.

Traci se giró en su silla para ver lo que yo estaba mirando y después se volvió a girar, su expresión extrañada y confusa. Frunció el ceño y me cogió de la muñeca.

—Travis, ¿estás bien?

—Uh, sí —dije, sacudiendo la cabeza para salir del estado de trance—. Sí, bien.

—Um, mmm. Parece que hubieras visto un fantasma o algo.

—No, yo, um, solo es que no reconocí a Jeremy al principio. —En ese momento Jeremy se dirigió al pasillo, buscando un escritorio libre. Mientras se acercaba, asintió con la cabeza y después se sentó en el asiento junto a mí.

—No estás guardando este asiento para nadie, ¿no? —me preguntó.

Negué con la cabeza pero no hablé.

—Hola Jeremy —dijo Traci bruscamente.

Él se giró hacia ella y sonrió.

—Hola Traci. ¿Tuviste un buen verano?

—Joder, no —susurró ella—. Demasiado corto.

—Dímelo a mí. ¿Qué tal el tuyo? —Me miró directamente, todavía mostrando sus dientes perlados.

—Um, sí. —Tragué saliva y me moví nerviosamente en mi silla justo cuando la campana sonaba. El profesor pidió orden y empezó a pasar lista.

No hice ningún intento más de comunicarme con Jeremy durante el resto de la clase. Solo estuvimos ahí quince minutos, para la asistencia y la asignación de taquillas, y después nos fuimos para empezar con la primera clase.

Cuando la campana sonó, salí disparado de mi escritorio sin siquiera decirle adiós a Traci y salí por la puerta a buscar mi taquilla. Sabía que la vería otra vez en unos minutos en nuestra primera clase, pero sobre todo, tenía que alejarme de Jeremy.

Todo el plan para hablarle e invitarle a salir se había ido a pique y ahora tenía que olvidarlo. De ninguna jodida forma podría llevarlo a cabo con él teniendo ese aspecto. Apenas podía abrir la boca para hablarle, mucho menos invitarlo a una cita.

Me llevó varios intentos conseguir que la combinación de mi taquilla funcionara, después abrí la cremallera de mi mochila y saqué los bolígrafos y la libreta que necesitaría para mi próxima clase. Todavía no había recibido mis libros de texto, pero lo haría una vez que las clases empezaran. Cerré la taquilla y me giré, listo para dirigirme a mi primera clase de Geometría cuando me topé cara a cara con Jeremy. Otra vez. Él estaba parado frente a mí, aparentemente esperando para hablar.

—Oh... um lo siento —dije, porque casi me estrellé con él.

—No pasa nada. Oye, Travis, quería preguntarte una cosa.

—Oh, vale —dije. Sentí mis mejillas encenderse. Miré un momento al suelo, y después me obligué a mirar a sus ojos azules—. Claro.

—Yo solo, umm... bueno, me preguntaba si quizás querrías quedar un día. Después de la escuela o algo.

¿Me había tragado un agujero negro que me había transportado a la dimensión desconocida? ¿Jeremy Loper me había invitado a mí, Travis McDonald, a quedar un día?

—S-s-sí. Uh, claro... ¿Por qué no?

—Guay —me dijo, y después se encogió de hombros. Nos miramos fijamente por unos momentos, sin que ninguno supiera qué decir. Después sacudió la cabeza y cogió su teléfono—. Intercambiamos números.

—Oh, claro. —Saqué mi teléfono del bolsillo y se lo pasé.

Cada uno añadió su número en la listas de contactos del otro, y después nos miramos.

—¿A dónde ibas?

—¿Geometría?

—Oh, maldita sea. Yo tengo inglés a primera hora. Deberíamos haber coordinado horarios.

—Sí. —Me sentí como un tonto, sin saber qué decir después—. Bueno, mejor me voy ya.

—¿Almuerzo? —preguntó.

—Tengo el primer turno de almuerzo.

—Maldita sea, yo tengo el segundo.

—Oh. Bueno... puedes llamarme... o mandarme un mensaje o algo. Si quieres.

—Sí —dijo—. Sí quiero. —Él había dado un paso atrás, dirigiéndose al lado opuesto del pasillo, pero seguía mirándome—. Y esos vaqueros... son geniales.

Miré hacia abajo, y después a su cara.

—Gracias —dije—. Los tuyos también.

* * * * *

Sentado en la cama, miré mi regazo, donde estaba el teléfono. Lo cogí y empecé a escribir un mensaje, después lo borré entero —mi sexto intento—. No importaba cómo empezara la conversación, sonaba estúpido. Quizás solo debería decir “hola”, y esperar a que él contestara. No, porque entonces él solo diría “hola”, y luego yo tendría que pensar qué decir. Podría preguntarle qué tal le había ido el primer día de clases. Podía decir que estaba pensando en él.

No, no. Todo eso era muy cursi. Me acosté de nuevo en la cama, suspirando mientras cogía una de las almohadas. Enterré la cabeza en ella y grité, y después me sentí incluso más estúpido. Jeremy se veía tan bien hoy —mejor que bien—. Se veía excelente, y no quiero decir solo excelente, sino *excelente*

Bajé la mano y me froté, dolorosamente consciente de mi erección. No era la primera vez que me excitaba pensando en Jeremy. Al menos ahora, después de todo un semestre de Educación Sexual, yo sabía que era normal que chicos de mi edad tuvieran erecciones y que incluso se masturbaran. Y yo sabía que mis fantasías masturbatorias las protagonizaban exclusivamente otros chicos, y me parecía bien. Pero cuando pensaba en una persona específica, como Jeremy, me parecía más íntimo, totalmente diferente de visualizar a una estrella de cine o a un atleta famoso o alguien así.

Mientras me desabrochaba los pantalones, sonó mi móvil, asustándome. Lo cogí y miré la pantalla.

¡Jeremy!

Él dijo «hola» y yo pregunté «qué tal».

«Hey», respondí, «nada, solo haciendo deberes».

«¿Ya? ¿El primer día?»

Era una mentira, por supuesto. No tenía ninguna tarea todavía. «Un poco», mentí otra vez. «¿Y tú?»

Esperé unos segundos, anticipando su respuesta.

«Solo pensando en ti».

«¿De verdad?» Mi corazón se aceleró. No podía creer que él hubiera dicho eso. «¿Como qué?»

Pensé que iba a morir cuando leí su respuesta unos segundos después. «Como cuando te pillé mirando al señor Myers en Educación Sexual en octavo».

¡Joder!

«Qué vergüenza».

«Lo sé, ¿verdad? Yo también. De todas formas, él estaba bien para ser un hombre viejo». El señor Myers tenía treinta y pico.

¡Eso lo confirmaba! Jeremy había admitido haber mirado a nuestro profesor. Eso significaba... bueno, al menos era bi, quizás gay. No sabía qué decir.

«¿Puedo llamarte?» Me mandó después de unos segundos.

¡Mierda!

«Claro».

Hablamos unas dos horas y probablemente habríamos seguido más tiempo si mi madre no me hubiera llamado para cenar. Aunque habíamos hablado antes cientos de veces, por primera vez *realmente* conversamos, y acerca de más cosas aparte de ser gay.

En realidad, apenas hablamos de ser gay. Jeremy se mofó de mí por ser tan obvio sobre mi enamoramiento por el señor Myers en octavo. Dijo que todas las chicas del colegio estaban enamoradas de Myers. «Y casi todos los chicos gay», agregué. Los dos estábamos de acuerdo con que era la persona perfecta para enseñar Educación Sexual.

Después de la cena, llamé de nuevo a Jeremy, y decidimos quedar la siguiente noche después de clases. Y así es como empezó lo nuestro.

* * * * *

La primera vez que quedamos pasamos el rato jugando videojuegos en la habitación de Jeremy. Me dijo que su hermana sabía que era gay, pero que todavía no se lo había dicho a sus padres. Cuando me presentó a su madre, dijo que éramos amigos.

Y era verdad. Hasta ese momento Jeremy y yo habíamos sido solamente amigos, y ni siquiera pasó nada durante esa primera visita. Bueno, nada del otro mundo. Estábamos sentados uno al lado del otro en el suelo, jugando al Call of Duty, y su pierna rozó la mía. Yo me aparté pensando que había sido un accidente, pero unos segundos después él se estaba frotando conmigo de nuevo. No me molesté en moverme la segunda vez, pero parecía que el tiempo se había parado. Apenas podía concentrarme en el juego, mientras mi pulso se aceleraba con anticipación. Quería que él me tocara y yo quería tocarlo a él. Quería acercarme y deslizar mi mano por el lado interno de su muslo. Quería pasar mis dedos por debajo de su camiseta y subirla por su abdomen apretado y acariciar su duro pecho. Si hubiera tenido el valor de dar el primer paso, no estoy seguro de lo lejos que podríamos haber llegado.

Pero no pasó nada más, y Jeremy y yo solo hablamos. Comentamos nuestras clases, y Jeremy admitió que mientras que a él le gustaba el inglés, sus habilidades matemáticas apestaban. Me ofrecí a ayudarlo con sus clases porque mates era mi clase favorita.

—Puedes venir y conocer a mi madre, y podemos hacer los deberes de geometría juntos.

—¿Estás seguro? —me preguntó—. Quiero decir, no te llamé porque necesitara un tutor.

—No, está bien. Podemos jugar a COD² en nuestra televisión de pantalla grande.

² Call of Duty: Serie de videojuegos de estilo bélico

Vino ese viernes, y ahí fue cuando nos cogimos de la mano por primera vez, pero todavía no hubo beso. Me empecé a preguntar si quizás yo tendría que dar el primer paso. Cuando Jeremy se fue esa noche, me mandó un mensaje al llegar a su casa. Eso llevó a una llamada de teléfono, y estuvimos charlando hasta la una de la mañana.

El sábado llamó y me dijo que su hermana iba al centro comercial y se preguntaba si quería ir a ver una película con él. No podía creer que me hubiera invitado. ¿No significaba eso que íbamos a nuestra primera cita? Me cambié de ropa seis veces antes de que llegara y me recogiera.

Elegimos una película de miedo, cosa que estaba guay porque me dio una excusa para acurrucarme y coger su mano. Mi corazón latía muy rápido y no estaba seguro si era por el asesino de la película o por el nerviosismo de que Jeremy me tocara. Más tarde fuimos andando a mi casa para esperar a que llegara mi madre y lo llevara a la suya.

—Vayamos a mi cuarto —sugerí.

—Vale.

Me dirigí hacia el pasillo cruzando el salón, pero Jeremy solo se detuvo ahí. Me paré y me giré para mirarlo.

—Vamos —dije—. ¿Uh, estás bien?

—Ven aquí —me dijo, su voz apenas un susurro.

Al principio me congelé, inseguro de lo que estaba pasando. ¿Estaba cabreado conmigo? No parecía enfadado, sino todo lo contrario. Me acerqué a él sonriendo.

—¿Qué? —susurré.

Alargó los brazos y me tomó de los hombros, mirándome directo a los ojos, después se inclinó hacia mí y presionó sus labios sobre los míos. Me derretí en su abrazo, mi corazón latiendo con fuerza y mi erección pulsando mientras permitía que cada uno de mis sentidos me desbordara. Su olor era celestial, y su beso sabía a palomitas y caramelos de menta. Sentí sus manos en mi espalda, abrazándome y acariciándome.

—He querido hacer esto durante tanto tiempo —dijo.

—Podríamos hacerlo en mi habitación —dije riéndome.

—Lo sé, pero... bueno, en los últimos tres días cada vez que reunía el valor suficiente para acercarme a ti y besarte, parecías ocupado con algo, o te alejabas. Es como, no sabía...

—¿Si yo quería que dieras el primer paso?

Él asintió.

—No puedo creer que lo estuvieras pensando todo este tiempo.

—Lo estuve pensando mucho antes de eso —dijo—. Estuve pensando en hacerlo durante dos años.

—¿De verdad? —sonreí. Después lo cogí y lo besé de nuevo, apasionadamente. Todos los sentimientos y las fantasías que había albergado durante tanto tiempo estaban en ese beso, mientras la electricidad de su contacto atravesó mi cuerpo. Cuando me separé, jadeó en busca de aire—. ¿Responde eso a tu pregunta? —pregunté.

—Um... ¿qué pregunta? —Él me sonrió.

—Si yo quería que dieras el primer paso.

—Realmente sabes cómo besar —me dijo—. ¿Has estado practicando?

—Sí, con mi mano. —Levanté el puño y fingí besarme con ella.

—¿Esa es la única cosa que practicas con tu mano? —bromeó.

Me sonrojé.

Nos besamos mucho más esa tarde mientras esperábamos que mamá llegara a casa, y aunque Jeremy me ponía, y obviamente llegué a excitarme, no llevamos la cosa más lejos. Por un lado, me sentí decepcionado, pero por otro aliviado. Me sentía listo para besar, pero tenía dudas sobre lo demás. Quiero decir, claro, quería ir más lejos, pero solo cuando fuera el momento adecuado.

Después de dejar a Jeremy en su casa, mamá me dio la embarazosa “charla”. *La charla*. La de las flores y las abejas, penes y vaginas (aunque la parte de la vagina no se aplicaba en mi caso realmente).

—Mamá, tuve clases de Educación Sexual, ¿recuerdas?

—Lo sé, lo sé. —Me alegré de que estuviésemos en el coche con ella conduciendo, así no podía mirarme a la cara y ver lo completamente mortificado que me sentía en ese momento. Miré fijamente por la ventana, moviéndome para estar lo más cerca posible de la puerta. —No hay nada por lo que estar avergonzado Travis —dijo.

—Uh... sí que lo hay. Tú eres mi madre, y los chicos no hablan con sus madres de estas cosas.

—Quizás no la mayoría de los chicos, pero nosotros siempre hemos estado unidos cariño y sabes que puedes contarme cualquier cosa.

—Lo sé, pero que pueda no significa que vaya a hacerlo. O que *debiera*.

—Bueno, ¿podemos por lo menos hablar de seguridad? Sabes que tienes que usar condones, ¿verdad?

Rápidamente metí los dedos índices en mis oídos.

—¡La, la, la, la, no estoy escuchando esto!

—¡Travis!

—Mamá, por favor. Sí, sé todo eso, pero estamos empezando, y Jeremy... bueno, él no ha hecho nada aparte de besarme.

—Aw —ella jadeó, después sonrió—. Tu primer beso.

—Mamá, por favor, para. —Puse los ojos en blanco.

—¡Cariño! —Se inclinó hacia mi asiento y me dio unas palmaditas en la pierna—. Mi bebé está creciendo.

—¡Mamá! —dije un poco más alto.

—Cielo, no estoy tratando de avergonzarte. Solo quiero asegurarme de que vas a ser precavido. Quizás no estés preparado para más que besos ahora mismo y francamente, me alegro. Solo tienes quince años, y confío en que esperes hasta que estés absolutamente seguro de que estás listo antes de ser sexualmente activo. Pero cuando eso pase, podría suceder rápidamente. Si no estás listo y comprometido con la seguridad...

—¿Podría verme arrastrado por el calor de la pasión o algo así? —pregunté sarcásticamente.

—¡Sí! Cariño, sí, eso es exactamente lo que podría pasar. Y sabes que te quiero con todo mi corazón. No quiero que te pongas en una situación de riesgo. No estamos hablando de embarazos no deseados aquí. Estamos hablando de VIH y sida, cosas de vida o muerte.

—Lo sé, lo sé. Pero mamá, de verdad... Jeremy probablemente también sea virgen. ¿Qué importancia tiene?

Ella se acercó a la acera y aparcó el coche, luego se giró hacia mí.

—Cariño, eso es una suposición. Tú no tienes ni idea de la vida sexual de otra persona.

—Bueno, podría preguntarle.

—Travis, no es solo su historia sexual de lo que te tienes que preocupar. Algunos bebés nacen con VIH. Incluso si tú y Jeremy estáis absolutamente seguros de que no tenéis VIH, practicar el sexo seguro es un buen hábito.

—¿Por qué?

—Porque la siguiente vez que alguien te diga que es negativo, puede o no ser verdad. Si practicas el sexo seguro con todo el mundo, no tienes que preocuparte por ello.

—Eso suena tonto, mamá. Quiero decir, sí, entiendo que la seguridad es importante. Pero ¿qué hay de la confianza?

—Si realmente respetas a tu pareja, no esperarías que simplemente confíen en ti en algo como esto —me dijo ella.

Me encogí de hombros.

—No importa ahora mismo —le dije—. Así que por favor, deja de preocuparte. Mira, yo sé de estas cosas, y sé dónde conseguir condones.

—Cariño, por favor, prométeme...

—Te lo prometo, mamá —dije. Ella me cogió de la mano— ¿Podemos entrar en casa ahora?

Ella se inclinó hacia mi asiento y me besó en la mejilla, y después pasó suavemente sus dedos por mi pelo.

—Si, niño. Puedes entrar en casa.

Al día siguiente, encontré un paquete enorme de condones en mi armario, junto con un tubo de lubricante con base de agua.

Jeremy siempre decía que cumplir años tan cerca de Navidad apestaba, porque todo el mundo pasaba. Cuando era más pequeño, sus padres siempre le hacían una fiesta y se aseguraban de celebrar su cumpleaños exclusivamente, pero al hacerse mayor dejó de ser tan importante. Este año, sin embargo, a él no le importaba que su gran día fuera solo dos días antes de Navidad. Iba a cumplir dieciséis, lo que significaba una cosa importante: ¡carnet de conducir!

Durante los dos meses anteriores los dos habíamos trabajado para sacarnos el carnet, y ya teníamos el teórico. Yo tenía que esperar hasta mi cumpleaños en febrero para conseguir el mío. No estaba celoso de Jeremy. Bueno, no mucho. Pasábamos tanto tiempo juntos que realmente no importaba cual de nosotros tuviera el carnet primero.

—Será casi como nuestra verdadera primera cita —dijo Jeremy. Estábamos sentados juntos en el sofá del salón. Puse mi cabeza en su hombro y me acurruqué junto a él.

—Tendremos que esperar hasta después de Navidad —dije—. No podemos salir esa noche. Es tu fiesta, y la siguiente es Nochebuena. Estará todo cerrado.

—Podemos ir a ver una película la noche de Navidad —sugirió.

—Quizás, pero sería raro. Siempre paso la noche de Navidad con mi madre, y no estoy seguro de que queramos que se cuele en nuestra cita.

Él se rió.

—Ya veo cómo eres.

—No, espera, Jeremy, no es así. De verdad. Si quieres que cancele los planes con mi madre, sabes que lo hago. Es solo que...

—Estoy bromeando —me dijo, y luego me besó.

—Quiero darte algo muy especial para tu cumpleaños —dije.

—¿Oh?

—Puedo dártelo ahora o esperar hasta el 26.

Jeremy sonrió.

—Chico, me estás tentando.

Deslicé mi mano por su pierna, avancé y la acerqué a su ingle.

—¿Quieres una pista?

Entreabrió su boca un poco y luego tragó saliva y asintió.

—Uh, claro.

Deslicé mi mano hacia arriba, dejándola sobre su ahora hinchado bulto. Luego usé mi palma para presionar.

—Oh, mierda —dijo con voz entrecortada. Habíamos tomado la decisión de esperar, para no presionarnos hasta que fuera el momento adecuado para los dos. Yo no quería esperar más.

—¿Quieres decir...?

Lo miré y asentí.

—Llevamos saliendo más de tres meses.

—Lo sé, pero... Travis. —Se inclinó sobre mí y me dio un casto beso en los labios—. Quiero esperar al momento adecuado para los dos.

—Ya nos hemos masturbado juntos —le recordé—. Y cosas de esas.

—Sí... y...

—¿Qué mejor momento que en tu cumpleaños...?

Él se levantó y se alejó del sofá. Sobresaltado lo miré, sin estar seguro de qué pasaba.

—¿Jeremy?

—Travis, tengo que decirte algo.

No me estaba mirando, sino que se había acercado a la ventana y estaba observando fijamente al patio. Algo andaba mal, y una ola de miedo me recorrió. Él tenía malas noticias, y yo no estaba seguro de estar listo para escucharlas.

—Tú no quieres...

—¡No! No, Travis, no es eso. —Se dio la vuelta para mirarme a la cara—. Lo quiero. Quiero decir, sí quiero hacer el amor contigo. Más que nada.

—¿Entonces qué?

Él inhaló profundamente y podía jurar que sus ojos estaban húmedos. Parecía como si fuera a llorar, y mi corazón empezó a romperse ahí mismo.

—Tú no serás el primero —suspiró—. Yo... uh... yo no soy virgen.

Ya habíamos hablado de nuestros ex, o de la falta de ellos. Los dos teníamos quince años... bueno, casi dieciséis, y yo estaba seguro de que sería la primera vez de Jeremy. Pero ahora él me estaba diciendo algo diferente. Si yo no era el primero, ¿quién fue? ¿Y cómo pudo haberme ocultado eso?

—¿Qué quieres decir? Dijiste que yo era el primero.

—Lo eres Travis. —Se acercó a mí—. No te he mentado. Tú *eres* mi primer novio. Tú eres la primera persona por la que he sentido todo esto. Travis... yo... um... yo creo que te amo.

Negué con la cabeza, sin saber qué responder. Él me amaba, pero ¿me había mentado? No sabía si ponerme contento o furioso.

—Eso no tiene ningún sentido —dije.

Se agachó, poniéndose de cuclillas frente a mí y me miró a los ojos.

—Tonteeé con otro chico cuando estaba en secundaria.

Todo esto no tenía sentido. Jeremy había tardado dos años en reunir el coraje para invitarme a salir y después fuimos novios durante tres meses sin ir más allá de la segunda fase. ¿Y ahora estaba confesando haberlo hecho con otra persona?

—Jeremy, tú... —No sabía qué decir.

—En octavo curso, un amigo de mi hermana venía a nuestra casa. Era un poco obvio que era gay. Quiero decir, él no pretendía ser su novio ni nada. Su nombre era Marcus, y tenía diecisiete. Hicimos cosas juntos... él fue el primero.

—Vale —dije— Pero ¿no erais novios?

—No, pero lo hicimos más de una vez. No sé exactamente cómo explicarlo. No éramos novios, solo amigos. Ya sabes, amigos con derecho a roce. Travis, lo siento. No estoy orgulloso de eso.

—Pero entonces, ¿cómo es que nunca...?

—¿Te pedí salir?

Asentí.

—No lo sé. Dios, quería hacerlo, pero tenía miedo. No pensaba en ti como pensaba en Marcus, y yo quería que nosotros tuviésemos algo... especial.

Era tanto para digerir, tan raro descubrir que esta persona por la que estaba loco no era exactamente quien yo pensaba que era.

—¿Y qué hay desde que empezamos a salir? —pregunté—. ¿Ha habido alguien más?

Negó con la cabeza.

—No. Lo juro. Marcus fue más o menos mi primera experiencia. Yo estaba intentando descubrir quién era.

—Jeremy... —Me bajé del sofá para arrodillarme en el suelo al lado de él. Tomé sus manos en las mías y lo miré a los ojos—. Jeremy, ojalá me lo hubieses dicho.

—Lo sé. Quería hacerlo, realmente. Lo siento...

—Pero no importa. No me importa con quién estuviste antes de mí. Solo me importa el ahora y nuestro futuro.

—¿De verdad?

Asentí con la cabeza, los ojos llenos de lágrimas.

—Porque yo también te amo.

Me agarró y me abrazó, sin besarme otra vez sino abrazándome con fuerza.

—Lo siento mucho —suspiró—, pero hay más.

Me eché hacia atrás un poco y lo miré a los ojos.

—Puedes decirme lo que quieras.

—Me enteré hace unos meses.

—¿Te enteraste de qué?

Las lágrimas caían por el rostro de Jeremy.

—Me enteré de que Marcus es seropositivo.

* * * * *

A Jeremy le regalaron un coche por su decimosexto cumpleaños. Los dos estábamos impresionados sobre todo después de la alegría que nos habíamos llevado por el hecho de que se hubiera sacado el carnet. No era un coche nuevo ni nada, pero estaba guay. El padre de Jeremy se lo había comprado a un amigo, y mientras me subía, respiré profundamente.

—Huele a coche nuevo —comenté.

—¡Lo sé! —Jeremy sonrió de oreja a oreja—. Papá dijo que lo limpiaron profesionalmente. Travis ¡no me lo puedo creer! ¡No me puedo creer que tenga un jodido coche nuevo! —Tocó el claxon, pitando cinco o seis veces.

Quería besarlo ahí mismo, pero sus padres y hermanas estaban fuera del coche mirándonos, todos ellos animando y sonriendo.

—Se lo he contado —me dijo mientras se giraba para mirarme.

—¿Se lo has dicho? —No estaba seguro de lo que quería decir.

—Acerca de mí.

—¿Acerca de ti? ¿O de nosotros?

—Todo, Travis. Anoche les dije todo... incluso lo de Marcus.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Qué...?

—Siento no haberte llamado, pero quería decírtelo en persona. Estuvimos despiertos hasta las dos de la mañana. Mis padres más o menos sabían. Se dieron cuenta hace mucho tiempo de que tú y yo éramos más que amigos.

—¿Y?

—Y está todo bien. —Se inclinó y me besó rápidamente, y después sonrió.

—Jeremy, eso es genial.

—Lo sé ¿verdad? Pero tomé una decisión. Quiero hacerme la prueba.

Asentí

—Bien —susurré—. Yo iré contigo... si quieres.

—Por supuesto que quiero. —Me tomó de la mano—. Iremos el veintiséis.

—Y después a celebrar tu cumpleaños.

Sonrió.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase. —Le apreté la mano.

* * * * *

La señora de la clínica nos dio un montón de folletos con información útil, pero nosotros prácticamente ya sabíamos todas esas cosas. Lo habíamos aprendido todo en clase de Educación Sexual de octavo. Eso era lo raro de todo esto. Jeremy había sabido sobre el sexo seguro en aquel momento, pero no lo había puesto en práctica. Lo comentamos mientras esperábamos los resultados.

—Fui un estúpido —me dijo—. Quería ser guay, y tenía miedo de lo que pudiera decir Marcus.

—Sí —acordé—. Definitivamente fuiste un estúpido. Pero está bien. Todos cometemos errores.

—Parece que están tardando una eternidad —se quejó.

—Imagínate lo que solía ser antes —dije—. La gente tenía que esperar días, a veces una semana o más, por los resultados.

—Eso sería horrible.

Nos sentamos en la sala de espera de la clínica. Parecía una oficina como la de cualquier doctor, excepto que los folletos eran todos sobre sexo seguro y planificación familiar. Miré a mi alrededor mientras los segundos pasaban. Jeremy tenía razón. Parecían tardar muchísimo. Me empecé a preguntar cómo reaccionaríamos si nos dieran malas noticias.

¿Significaría eso que tenía que terminar con Jeremy? ¿O que nunca podríamos llegar hasta el final? Quizás él cortaría conmigo por culpabilidad o algo. Y sabía lo que decían acerca de que la gente con VIH podía vivir muchos años, pero todavía era algo por lo que la gente moría.

Cuando la puerta se abrió y la asesora, Carrie, nos invitó a pasar de nuevo para recoger los resultados, Jeremy me tomó de la mano. Quizás su corazón latiera tan fuerte como el mío. Quizás él también sintiera mariposas en el estómago, pero la expresión de su cara no mostraba nada. Miró hacia adelante, muy sobrio, y me llevó con él a la oficina de la asesora.

Ella no perdió el tiempo en entregarnos los resultados mientras nos sentábamos. De hecho, creo que todavía no estaba en mi asiento cuando soltó:

—Tus resultados son negativos.

Jeremy me miró y me sonrió abiertamente, y después me abrazó fuerte.

—¡Oh Dios! —suspiró, y mientras me volvía a mi sitio vi que tenía lágrimas en los ojos—. Oh, gracias. Qué alivio.

Carrie se sentó ahí tranquilamente, con las manos en su regazo.

—Estoy orgullosa de ti por venir a hacerte la prueba, Jeremy —dijo después de darnos un momento para recomponernos—. Eso fue valiente de tu parte, pero me gustaría discutir contigo algunas formas en la que puedes cuidarte en el futuro.

—Yo... uh... yo ya sé todo acerca del sexo seguro, usar condones y esas cosas.

Ella levantó las cejas.

—Fui estúpido. Yo solo... no lo sé. No sé por qué no usé protección.

—¿Pero planeas usarla en el futuro?

Los dos asentimos.

—Definitivamente.

* * * * *

Jeremy se sentó a mi lado en la cama mientras yo le daba su atrasado regalo de cumpleaños. Él me sonrió, y me dio un beso a cambio de la caja pequeña que le ofrecí. Miró el papel de regalo.

—Gracias por no usar papel de Navidad —dijo.

—Espero que te guste.

Rasgó el papel y cogió la caja negra de terciopelo, y después me sonrió una vez más antes de abrirlo. Cogió el colgante y leyó la inscripción.

“EL COMIENZO DE PARA SIEMPRE.”

—Es hermoso —me dijo—. Gracias. —Se dio la vuelta y me dio el colgante para que se lo pusiera alrededor del cuello.

—Hay más —susurré inclinándome hacia atrás para coger el otro regalo envuelto. Se lo solté en el regazo.

—Es ligero —me dijo, cogiéndolo y sacudiéndolo. Había terminado de engancharle el colgante, así que se giró para enfrentarme, metiendo un pie debajo de sí mismo en el colchón. Rompió el papel de regalo y sonrió diabólicamente.

—¿Una caja enorme de condones?

—Y son de sabores —dije.

Me abrazó y me dio un beso abrasador.

—¿Y cuándo podemos empezar a usarlos?

—Ese será tu tercer regalo —le susurré en el oído, después me bajé de la cama de rodillas y lo miré, sonriendo.

SOBRE EL AUTOR:

Actualmente vive en el sur de Michigan. Posee una licenciatura en administración de empresas y recursos humanos. Jeff comenzó a escribir historias en la década de 1990 e inicialmente las publicó en una página web gratuita de aficionados. La respuesta positiva que recibió de los lectores le animó a continuar, y esto condujo a la publicación de su primera novela, Dumb Jock. Erno ha publicado posteriormente varias novelas más.

Su mayor pasión en la vida es escribir, y espera poder seguir compartiendo su trabajo con los lectores de todo el mundo.

Encuentra otros títulos de Jeff Erno en:

<http://www.jefferno.com/>

